

Augusto Vivaldi Cichero: Retrato de un solitario feliz

Marco Aurelio Reyes Coca* X

NON-SIC TRANSIT GLORIA MUNDI

Augusto Vivaldi Cichero, Profesor Emérito de la Universidad de Concepción, no pasó por el mundo como una sombra intrascendente. Entre sus amigos, que los tuvo a montones, pese a su singular personalidad; el impacto de su trágico e inesperado deceso ha sido tan artero como una puñalada asesina. Augusto, ha quedado dentro de los círculos universitarios, que tanto contribuyó a avivar con el fuego de su pasión por la historia; como una moneda de dos caras: amigo de sus amigos y enemigo de sus enemigos. Así de simple fue su fuerte y controvertida personalidad. Su corazón traspasado, tuvo puertas y ventanas. Puertas que se abrieron con la contraseña de la amistad para dejar entrar el cálido sol de su inconmensurable cariño. Pero también, sus ventanas se entornaron con la oscuridad de su enemistad. Lo cierto es que jamás tuvo mudo el corazón. El afecto que sentía por sus amigos, siempre lo expresó a todo dar, ya sea mediante su generosa hospitalidad, el sapiente consejo o la risotada estridente como eco surgido de las puertas abiertas de su corazón. Asimismo, su enemistad era estentórea, pues siempre estuvo consciente de que los demás no le regalarían siempre palabras agradables como respuesta a su lengua filuda. Sin embargo, Augusto jamás sintió molestias, aparentemente por los sentimientos inamistosos que otros sintieran hacia él. Por el contrario, expresaba que ellos tenían su derecho, aunque no le gustare o le pareciera injusto. Era parte constitutiva de su biografía de solitario: alegrarse, pensar, amar, odiar, vituperar; todo en su interior silente, aunque la extraversion constituyera la principal característica de su singular personalidad. En Augusto pudo validarse la premisa aquella de que la experiencia enseña que los sentimientos no son tan ciegos, ni sordos, ni mudos, ni obran como máquinas automáticas.

Augusto Parra, Rector de la Universidad de Concepción, manifestaba con profunda emoción la doble afectación que le provocaba el deceso de Augusto «por

* Profesor del Dpto. de Historia, Geografía y Cs. Sociales y Decano de la Facultad de Educación y Hdes. de la U. del Bío-Bío.

haber sido uno de los alumnos de Vivaldi en el Liceo de Hombres de Concepción y porque tenía una relación de amistad con él» (1).

Expresiones de ese nivel, demuestran como en Vivaldi, todas las imágenes interiores actuaron tan dinámicamente que terminaron por transformar su ambiente y sus relaciones interpersonales. Jamás se presentó ante los demás como un corde-ro mimoso ni como un lobo rapaz. Solo, premunido de su sapiencia fue buscando y seleccionando afinidades en su alrededor, tanto en el mundo de las cosas como en el de las personas.

Muchos creyeron ver en su desfachatez una máscara para esconder su fino e intenso mundo interior. Lo curioso es que descubrí ese inmenso tesoro que Augusto trataba de mezquinar a los demás, a través de un comentario del profesor Héctor Herrera Cajas, para quien el proceder extravertido de Augusto, impronta de su sangre latina, rayano en la teatralidad, impedía ver su sensibilidad profunda hacia las cosas y las personas. En su campo, todo estaba en el lugar preciso y adecuado: un árbol, una planta, un macetero, cada rincón, todo, exactamente donde correspondía estar. Creo que el mundo en sí no es malo, somos nosotros los que lo hacemos malo con nuestra cervical malicia ¿qué pensar de un hombre que tiene la fineza de enviar tarjetas de navidad con el retrato de su madre, a sus amigos y seres más queridos y apreciados? Por supuesto que las relaciones interpersonales siempre tendrán el halo de la intersubjetividad, que en el caso de Vivaldi son muy acentuadas.

Sinceramente me quedo con las expresiones del profesor Alejandro Witker V., académico de la Universidad de Concepción y ex-alumno de Vivaldi: «...(fue) un gran valor de la cultura penquista, un gran constructor de nuestra Universidad, un gran formador de historiadores en la región y una gran persona» (2) ¿Qué más se puede decir de Augusto Vivaldi además de ese perfil esbozado con tanto sentimiento por Alejandro Witker?

La opinión se fundamenta en que Augusto tuvo el rostro descubierto sin máscaras. Fue una persona en sí misma, en su propio mundo edificado en torno a su propia y singular realidad. Eso resulta suficiente.

El sendero de la «Historia»

Vivaldi fue el típico hijo de la familia de inmigrante italianos llegados desde la región de la Liguria para «hacerse la América», dentro de lo que Pierre Chaunu denomina la segunda conquista humana de América Latina por Europa (3). El Dr. Leonardo

(1) Diario El Sur, Concepción, domingo 18 de diciembre de 1994.

(2) Ibidem.

(3) CHAUNU PIERRE, Historia de América Latina, EUDEBA, B. Aires, 1964, p. 115.

Mazzei De Grazia ha hecho un interesante aporte sobre este fenómeno histórico-social y muy especialmente en la región penquista. A comienzos del siglo aparece en Concepción, el Almacén de Abarrotes de Fratelli Vivaldi (Augusto, Enrique y Benito Vivaldi) que incluso se promocionaba comercialmente a través del avisaje en el diario *El Sur*, como consta en sus páginas del año 1927. Uno de los hermanos Vivaldi (padre de Augusto) se independiza en 1920 y pronto aparecerá el «almacén del bachicha de la esquina», del que tantos recuerdos tenía Augusto (4).

Como todos los inmigrantes italianos, Augusto y Yolanda, sentían un sentimiento en el «cuore», que los impulsaba a rechazar la idea de que sus «bambinos» tuvieran que lidiar tras ese mostrador (que les mejoraba las condiciones de vida de trasplantados) «contra» la clientela brava que observaba envidiosamente como esos inmigrantes efectivamente prosperaban en el comercio, sin retacar ninguna gota de energía y sin considerar los apremios del reloj. Ello explicaba el hecho de que los inmigrantes motivaron a sus hijos para que estudiaran como una forma de introducirlos efectivamente en la naciente y creciente clase media. De esta forma Ennio estaba destinado a la medicina y Augusto a la abogacía. ¿Qué más podía esperar esta familia de inmigrantes? Ellos serían el orgullo y la demostración más fehaciente del cambio de status social y económico alcanzado, ante los ojos de los familiares que los habían visto zarpar desde Génova, con tan solo algunas «chirolas en sus escuálidos bolsillos», dejando el corazón en ese rincón de la Liguria (Arma di Taggia), que posteriormente Augusto visitaría, en 1961. Contaría socarronamente a sus amigos que el pueblo natal de sus viejos, Arma di Taggia, era «el pueblo más limpio del mundo», puesto que la gente era tan cicatera que ni siquiera botaban a la basura las cáscaras de huevos, que les servían de abono para los maceteros que engalanaban las estrechas ventanas de las casas subidas en los cerros que miraban hacia el Ligurico. El primogénito (Ennio) cumple con el ritual del envío a cursar sus estudios en la añorada lejana patria.

Para Augusto, el destino torcerá su rumbo, después que egresara de sus estudios secundarios en el Liceo Enrique Molina Garmendia, el año 1944. Cuando la Segunda Guerra Mundial tronaba sus últimos cañonazos y el mundo contemplaba atónito las explosiones nucleares de Hiroshima y Nagasaki, Augusto ingresa a estudiar Derecho y de los estudios jurídicos solo quedaron sus recuerdos de las tantas tertulias con amigos sobre la situación del mundo de la postguerra. Definitivamente,

(4) «Bachicha» era el mote con que el pueblo llamaba a los inmigrantes italianos que apenas balbuceaban palabras «en chileno». Crf. el artículo de A. Vivaldi, *El Viejo Almacén*, en «Itálico», Órgano del Instituto Chileno Italiano de Cultura de Concepción.

el Derecho no calzaba para nada con su personalidad. Siente el peso de Clio, que a la larga se convertirá en su «amante».

En Augusto se va introduciendo el sentido de la historia expresado desde Burckhardt hasta Braudel. Encarna en su espíritu lo que M. Bloch, señala como la comprensión de su realidad mediante el conocimiento del trasfondo de los sucesos del pasado. Vivaldi supo hacer, con el tiempo, ese ajuste tan difícil de lograr entre tener la conciencia del tiempo y del espacio, en un proceso en que aparentemente son variables antagónicas, centrífugas, pero que centrípetamente están indisolublemente unidas. Lo validó con creces en el sentido de servicio público que le dio a la historia.

Siempre recurrió a la historia como sinónimo de experiencia, dándole un sentido útil y público, a través de conferencias, artículos y exposiciones que él creó y organizó. Al respecto, recuerdo con admiración la iconográfica de O'Higgins, que fue expuesta en muchas Universidades, Municipalidades y Colegios del centro-sur de Chile. Vivaldi encarnó lo que expresaba L. Febvre: trabajar libremente con un pie al lado de acá y el otro al lado de allá y todo con utilidad (5).

¿Cómo entender el contacto entre Vivaldi y la historia? Al conocer la pasión que sintió por ella, es posible pensar que si se persevera en lo que se hace es muy posible que después no parezca inútil lo que se estaba haciendo. En el diario *El Sur* se ha expresado que Vivaldi fue un insigne cultivador de lo que Ortega y Gasset ha llamado Intra-Historia (6). Es la historia mágica que según Braudel se construye en todos los miles de niveles, en miles de fragmentaciones del tiempo... en minúsculas fracciones, que ha menudo son insignificantes dentro de la realidad histórica total, pero conformando una estructura, una globalidad (7).

¿Cómo llegó Vivaldi a convertirse en un real maestro de la intrahistoria? Resulta difícil saberlo, pues no fue un historiador prolífico en producción de libros, pero si quiso darle a la ciencia histórica un sentido de conocimiento puesto al servicio de los demás. Para Mazzei, Vivaldi entendió la historia como un patrimonio que no era exclusivo de los eruditos sino que tenía una utilidad social. Por eso mismo, su acción se volcaba en artículos periodísticos, especialmente en el diario *El Sur*, preocupado de que el proyecto fundacional de Concepción, obra de Pedro de Valdivia, se haya distorsionado en el tiempo por el centralismo santiaguino, que mantenía a su ciudad en una situación desmedrada.

(5) Febvre, L. *Combates por la Historia*, Ed. Ariel, Barcelona, 1975

(6) *Diario El Sur*, ibidem

(7) Braudel, F. *Historia y Ciencias Sociales*, Alianza Ed., Madrid, 1974.

En 1948, es un estudiante de historia del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, cuando ejerce la rectoría don Juvenal Hernández J. y Decano de la Facultad de Educación y Humanidades, don Juan Gómez Millas, futuro Ministro de Educación y profesor de Vivaldi, entre otros, de la brillante generación académica de su época.

Su paso por el memorable Pedagógico tampoco fue intrascendente, como lo fue toda su vida, incluyendo su trágica muerte. No ha podido pasar al olvido su desempeño como ayudante de la cátedra del insigne e irascible maestro Guillermo Feliú Cruz. El mismo contaba, con mucha gracia, que cruzando el puente Pio IX del Mapocho, después de examinar a los «mechones» de Derecho, el equipo de ayudantes caminaba junto al «maestro», Sergio Villalobos ayudante ad-honorem, un paso atrás; Vivaldi y Jorge Barría, los ayudantes, que recibían los improperios del «maestro», dos pasos atrás, tratando de alcanzar por los aires las sesudas pruebas que tantas horas habían costado de responder a los futuros abogados.

Obtiene su título de Profesor de Estado en Historia, Geografía y Educación Cívica, en 1954, con su memoria sobre «La historia de la industria del vidrio», mostrando su vocación sempiterna por el cultivo de la historia regional, al enfocarla sobre el desarrollo de Lirquén. Más tarde, sería justamente, uno de los pioneros del desarrollo sistemático de la historia regional, participando y estimulando el 1er. Congreso de Historia Regional del Sur (Instituto Profesional de Osorno, 1985) y el 1er. Congreso de Historia Regional de Chile (surgido del anterior y realizado en el Instituto Profesional de Chillán, hoy Universidad del Bío-Bío, 1986), donde presentó ponencias sobre el desarrollo de la industria del carbón, tan relacionada al proceso de industrialización de Concepción.

En los inicios de su carrera profesional, ejerce la docencia en los Liceos de Talcahuano; Experimental de Concepción y Enrique Molina Garmendia, donde fueron alumnos suyos muchas personalidades relevantes de Concepción, entre ellos, Augusto Parra, actual Rector de la Universidad de Concepción. Posteriormente es designado Inspector General del Liceo de Tomé, ciudad industrial de la región, donde indudablemente afianzó sus convicciones sociales que jamás abandonaría. Vivaldi fue un fiero defensor de la democracia, la justicia social y los desposeídos; tanto dentro de la arena política, la cátedra universitaria o en el interior de los talleres de la logia masónica a la que tuvo el honor y la convicción de pertenecer, sin esconder jamás su calidad de tal. Las puertas de la Universidad de Concepción se le abren a partir de 1956, cuando inicia su vida académica ejerciendo la cátedra de Evolución Histórica Educacional de Chile. Su anhelo se concreta realmente cuando en 1958, se encuentra entre los creadores del Departamento de Historia y Geografía, del que fue su primer Director y al que perteneció hasta el día mismo de su muerte, el sábado 17 de diciembre de 1994. En 1965, la Unidad académica se

transformó en Instituto Central de Historia y Geografía, siendo nombrado, nuevamente, como su primer Director. El mismo es hoy, el Departamento de Ciencias Históricas y Sociales. No importa cual haya sido el nombre, lo cierto es que de allí han surgido generaciones de profesores de Historia y Geografía que llevan acuñado su sello: un amor visceral por la historia regional.

En ese centro académico da curso a su sensibilidad histórica regional. Surgen entre otros, sus trabajos sobre Lautaro, y el significado de la lucha del pueblo Mapuche; sobre O'Higgins; sobre la Universidad, la Ciudad y los Rectores; publicados en la Revista Atenea; por la I. Municipalidad de Los Angeles, o en el diario El Sur; o dándolos a conocer en congresos de Historia, tanto en nuestro país como en el extranjero. Hacía poco tiempo había participado en México en un Congreso sobre Historia de la Minería, al que fue invitado especialmente. En los momentos de su deceso, había entregado a la imprenta el capítulo final de su obra póstuma sobre Pedro de Valdivia. Al respecto, el diario El Sur expresó: «Augusto Vivaldi Cichero nunca pensó que el capítulo final de su obra «Pedro de Valdivia, el fundador» se convertiría en una de las últimas actividades de su fructífera vida como historiador y como hombre» (8).

En 1961, alcanzó uno de sus mayores anhelos, como ser becado para realizar estudios de perfeccionamiento en Italia, permaneciendo dos años en Europa. En Florencia -entre el David de Miguel Angel, la piazza della Signoria y el ponte Vecchio que tanto admiraba- fue testigo del desarrollo italiano que le permitiría a esa nación convertirse en la quinta potencia del mundo.

El año 1990, un año después de su jubilación como profesor jornada completa; resultó realmente trascendente para la culminación de su brillante carrera como académico e historiador regional. Ese año recibe el doble honor de ser designado Profesor Emérito de la Universidad de Concepción y agraciado por la I. Municipalidad de Concepción con el Premio Municipal de Ciencias en Investigación Histórica.

Precisamente, la Universidad de Concepción y la ciudad de Concepción fueron su permanente preocupación.

En su trabajo «De la Universidad, la ciudad y los Rectores», publicado en 1989, con motivo del 70° aniversario de la Universidad de Concepción (9) escribía: «Hablar de Universidad en nuestra ciudad es hablar de Concepción, para entenderla y aprehenderla es necesario empezar por historiar nuestro entorno».

(8) Ibidem.

(9) Ponencia presentada en las VIII Jornadas de Historia de Chile, Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, Santiago., 26 de octubre de 1989.

«Por ello, es fuertemente receptiva la campaña del recién constituido Comité Pro Universidad y Hospital Clínico Regional, amplios sectores ven en la posible Universidad un mejor futuro para sus hijos, un pasaporte para la seguridad y estabilidad económica y social».

«Ha dicho don Enrique Molina «dificulto que Universidad alguna en el mundo haya nacido en cuna más humilde y desamparada», pues ella no contó con mecenas poderosos, sino con comités de donantes modestos, su angustiosa falta de recursos pudo resolverse por la instalación de «donaciones por sorteo», antecesora de la Lotería de Concepción, que le ha proporcionado recursos para su financiamiento».

Al mismo tiempo, su pasión por Concepción, su ciudad natal, era casi una enfermedad. Siempre estuvo «pensando en la ciudad y en sus raíces históricas». Su idea fue replicada por el suscrito en la ciudad de Chillán, con motivo del 50º aniversario del sismo homicida que tuvo tantas repercusiones en Concepción. Más aún tenía la idea de unir Chillán a Concepción «por la hipotenusa», como solía escribir y decir.

Llegó a tanto la preocupación por su ciudad natal, que quiso enviar tarjetas de Navidad reproduciendo viejas fotografías color sepia del antiguo Concepción. Resulta decidor que, el discurso del último aniversario de la fundación de Concepción que le tocó vivir, el día 5 de octubre de 1994, estuvo a su cargo resaltando los aspectos humanos de Pedro de Valdivia, su noble fundador. Dos semanas antes de su trágico y triste deceso, había sido invitado por la Universidad del Bío-Bío para participar en un Seminario sobre el significado de la identidad regional. Como en tantas oportunidades, su participación concitó el máximo interés por su originalidad y por estar teñida con el sello de la defensa de los valores históricos regionales.

Entre sus muchos artículos destinados a defender la conciencia y el espíritu regional, podemos destacar el siguiente publicado en el diario El Sur de Concepción: «Más importante que el mero precepto legal son las personas, siempre que éstas estén dispuestas a tomar decisiones autónomas que se inserten en la realidad local para estudiar y decidir, que expliquen en el reclamo a la participación a la sociedad regional sus motivaciones y proyectos con seriedad e inteligencia, en resumen que entiendan que el palabrerío grandilocuente, frívolo e insustancial, es una manera que la gente entiende propia de ser escuchada o leída por indiferentes o débiles mentales.

Se habla de la persistencia de la herencia histórica en Latinoamérica que estaría prioritariamente representada en situaciones como la organización del Estado autoritario -burocrático- centralista que no tolera ninguna autorresponsabilidad política divergente, agravado en el hecho de que en el siglo XIX se realiza el esfuerzo por crear el Estado moderno sin modernizar simultáneamente la sociedad; de este modo, existe un deficiente dinamismo interno, una falta de fuerza por el

autocrecimiento, una subordinación exagerada y, en cierta medida cómoda, a las jerarquías, que no permite a los rangos regionales desarrollar su responsabilidad y asumir su competencia, por lo que deja en las manos sucesivas de los superiores jerárquicos el tratamiento de las materias que ellos debieran resolver en su ámbito espacial-político». (10)

En suma, se puede decir que Vivaldi aunó apasionadamente en su persona, a su Universidad, su ciudad y su región. Eso está ampliamente testimoniado en su vida académica.

«La gente que es feliz no puede ser mala»

Las relaciones humanas son difíciles ante aquellos que sólo piensan en ellos mismos. Augusto, no fue precisamente ese egoísta que hace imposible las relaciones de amistad. Creo que él no pudo compartir con todos los demás, sólo porque otros no aceptaron su manera de ser. A veces, entre profesionales o competidores, no pueden compartirse las alegrías de un éxito o las satisfacciones de la vida. Es obvio que la envidia está presente en todas partes. Sin embargo, la vida de Vivaldi tuvo el calor humeante de la chimenea de su desvencijado departamento de Los Carreras con Caupolicán, y de su rincón acogedor de la casa patronal del fundo Casa Larga, en Cancha de los Montero, Florida.

Se ha dicho que un grupo de psicólogos de la Universidad de Harvard ha llegado al maravilloso resultado de asegurar que «la gente que es feliz no puede ser mala», lo que es científicamente verdadero. En Vivaldi, no se dio la ambiciosa aspiración del «más» sino del «mejor». No «daba por dar» sino que entregaba hospitalidad y afecto, con creces y sinceridad.

Muchos pensarán que aquello era un sueño imposible para alguien que autolabrá su propia biografía de un anacoreta. Nada más lejos de la realidad al hacer una revisión, a pinceladas, de su vida íntima. Ciertamente fue cicatero en estructurar su vida en un currículo rígido. Ahora, resulta imposible olvidar las largas y entretenidas veladas historiográficas en su viejo departamento de Concepción. Libros y más libros de historia, especialmente de América Latina, su debilidad; los que adquiría en sus viajes en buses interprovinciales y rurales, en Bolivia, Perú, Ecuador o Uruguay; o en sus viajes anuales a la Feria del Libro en Buenos Aires, ciudad porteña por la que sentía una especial predilección. Seguramente por algo del extasiante encanto de las páginas de Sábato en «Sobre héroes y tumbas». Quizás Vivaldi intuía el imperio de la ceguera, debido a su pasión por los libros.

(10) Diario El Sur, Concepción, 23 de noviembre de 1992.

Por lo mismo sintió un FARENHEIT 451, con la prohibición inquisitorial que se hiciera de la circulación de obras como «El gran Taimado» o «Impunidad diplomática» (11). Por eso mismo, gozaba con su vetada lectura y las comentaba graciosamente entre sus amistades. Hoy me gustaría saber, ¿cuántas fotocopias anilladas sacó de esos libros repartiéndolas entre los suyos? También resulta enigmático conocer la forma cómo llegaban a sus manos esos libros prohibidos.

En el viejo departamento de Los Carreras y Caupolicán, su chimenea se alimentaba de los sarmientos arrancados de las viñas senescentes de los lomajes de Casa Larga, acosados por la furia invasora de pinos y eucaliptos, que él mismo se preocupaba de estimular. A ese fuego hogareño también iban a parar las conchas de cholgas y almejas, cáscaras de limón y otros elementos que contribuían a mantener el voraz crepitar. También se rendía un verdadero culto al chispeante burbujear de los mostos generosos guardados en los gélidos estómagos de los gigantones toneles imponentes de las bodegas de Casa Larga. Allí se codeaban con un verdadero museo de gredas y arcillas de Chile y de América, algo realmente increíble. ¿Por qué estaban allí?

En ese departamento, atendidos por su «ama de casa», la tan especial «Ida» y su niña (la perrita de la casa), se fraguó la teoría vivaldiana de la «Cazurrería Maulina». Según, él, los maulinos tenían la viveza del hombre de campo, con una capacidad de «muñequero» admirable dentro de una singular modestia.

En el ejercicio de validación de su teoría, metía en un mismo grupo a don Arturo Alessandri P., Carlos Ibañez del C., Cardenal Raúl Silva Henríquez, al General Augusto Pinochet, y a la Srta. Ida. Algo muy original como teoría.

Cómo Vivaldi podía habitar ese departamento, desde donde podía observar tanto el lumpen, las parejas que entraban furtivamente al hotel de enfrente; o las torres que se erguían insolentes en torno a la Plaza de Armas? Eso era parte de su personalidad algo exótico para algunos. Creo que ello entra en el saber como somos y son los demás y aceptarnos como somos y aceptar como son los demás. Esa forma de vivir era ni más ni menos que la imagen real y concreta de lo que a Vivaldi le gustaba ser o hacer. Ultimamente gustaba de comer en su propio dormitorio junto al TV-Video y a sus libros. Así era él.

La vida en el campo, que ocupaba la mitad de su tiempo era distinta a la de Concepción. Las preocupaciones por las faenas propias de la viña, los trigales, el invernadero, los animales o el bosque, no impidieron jamás la concurrencia permanente de amigos, familiares de sus amigos y los familiares propios. Por allí desfilaban sus hermanos, sobrinos, hijos de sus sobrinos, el «gordo» Mihovilovic; historia-

(11) La publicación de «El gran Taimado», de Enrique Lafourcade e «Impunidad Diplomática» de Francisco Martorell significó el auto-exilio para ambos autores en su momento.

dores como Armando de Ramón, Rolando Mallafe, Hector Herrera Cajas, algunos de ellos Premios Nacionales; historiadores extranjeros invitados por él mismo, alumnos; ex-alumnos; colegas y ex-colegas. ¿Quién de sus amigos no tuvo la oportunidad de compartir su hospitalidad en esa suite campestre y bucólica que se había construido para vivir realmente su vida? El deleite de sus vinos generosos; el chanchito colgando sobre la tinaja fenomenal esperando la acción de los comensales; sus maravillosas manos de cocinero, arte aprendido de su madre, preparando pastas, rizzotos o raviollis de exquisitos sabores. Gustaba en el tiempo navideño conseguir o preparar panes de Pascua de diversas regiones de Italia, acompañados de mistelas y apiados campesinos o de los más finos licores que compraba en América y Europa.

Allí su «ama de casa» era la hospitalaria, rubicunda y vergonzosa Chabela, experta en descomunales empanadas de horno y en moldear maravillosos «chanchitos» de greda para el pastel de choclos, que estarán en muchas casas de sus amigos y parientes. En la casa de mi hija Pili, los veo en la estantería de figuras y me trae el recuerdo imborrable de Casa Larga, y especialmente de la Chabela y su familia. Allí construyó una casa con remembranzas del «sole mio» de la Liguria, encaramada en el cerro, entre jardines de bellas flores, plantadas por él o por su madre.

Lo máximo de ese rincón de Casa Larga, estaba en el hermoso retrato de su «mamá» Yolanda, obra del propio Camilo Mori, engalanando un verdadero santuario que se abría tan solo a los visitantes ilustres.

Inolvidable personaje de ese cuadro bucólico era el «flaco y su familia» canina del cual Vivaldi tejía «historias sobre historias» de un perro sinvenguenza, ventajero, enamorado y pendenciero, retrato típico del campesino rajadiablos. He llegado a pensar que Augusto dialogaba de verdad con el «flaco».

Recuerdo también cuando en un gesto exótico y rudimentario, pero generoso y atento a la vez, abrió un tarro de callampas para ofrecerlas con la mano a la profesora Marinella Pasquinnucci, de la Universidad de PISA, la que no sabía atónita si eran venenosas u otra cosa.

Tanto y tanto que hablar de ese Augusto, desconocido para la mayoría, pero si tan cerca de quienes lo queríamos.

«Solemos enseñar a los otros nuestros errores, fallas y pecados, antes que nuestras virtudes y éxitos.»

La vida de Augusto Vivaldi C., profesor Emérito de la Universidad de Concepción, seguirá siendo un tema inagotable. Se podrán seguir contando y escribiendo tantas y variadas cosas y asuntos, que los amigos sinceros conocemos y que se comentan en cubículos, pasillos, salas de clases y jardines de la Universidad de Concepción, en las calles de la ciudad o en las casa de sus conocidos y no tan

conocidos. Su vida de 67 años seguirá siendo una vida singular, con un cúmulo de virtudes y éxitos, como errores, fallas y pecados.

Para la opinión pública no fariseica, habrá sido «Una vida de docencia, historia y defensa de los valores regionales», como intituló El Sur del 18.12.94. Nada más ni nada menos que eso.

Para sus amigos seguirá siendo «el amigo fiel y sincero de sus amigos», que permanecerá imborrable en nuestra mente y en nuestro corazón.

*«Los sentimientos - si son buenos-
generalmente acercan a las personas.
Los juicios - tanto si son malos, como
si son buenos - suelen separarnos».*